

## RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

SURPRISE ATTACK. Richard Betts. 1982. The Brookings Institution. Washington D. C.

Los estudios estratégicos hasta hace sólo unas décadas fueron materia reservada a los estudiosos de las ciencias militares. En el último tiempo se ha experimentado un notable —y también esperable— cambio, esta área del conocimiento se ha incorporado de pleno a la disciplina de las Relaciones Internacionales.<sup>1</sup>

No es extraño entonces que las más modernas teorías estratégicas del actual período hayan tenido su origen en los centros universitarios de los países desarrollados. Los Estados Unidos ha sido líder en la materia, aunque los europeo-occidentales no se han quedado atrás en esta nueva experiencia. Gran Bretaña, Francia y Alemania Occidental cuentan con importantes universidades dotadas de avanzados programas de investigación y docencia en estudios estratégicos. En el resto del mundo el desarrollo ha sido disparejo; en los países del bloque soviético y en la mayoría del mundo no-industrializado, este tipo de estudios, si es que los hay, aún están reservados a los "establishments" uniformados. Existen eso sí importantes excepciones, como en el caso de Israel, India, Japón, Australia, Sudáfrica y dos o tres países sudamericanos.

*Surprise Attack*, de Richard Betts, es un notable ejemplo de esta nueva área de preocupación académica. Constituye la culminación de una serie de estudios e investigación iniciada con la obra de Roberta Wohlstetter en 1962.<sup>2</sup> Desde ese trabajo en adelante los temas de inteligencia, percepción internacional, planificación militar, sorpresa, etc., comenzaron a ser crecientemente tratados por académicos de las más diversas formaciones. Entre ellos sobresalen los nombres de los norteameri-

---

<sup>1</sup> A su vez las Relaciones Internacionales, desde la 2ª Guerra Mundial en adelante, se le ha reconocido como una disciplina perteneciente a un universo conceptual más amplio: la Ciencia Política.

<sup>2</sup> R. Wohlstetter. 1962. *Pearl Harbor: Warning and Decision*. Stanford U. Press. Stanford.

canos Robert Jervis,<sup>3</sup> Alexander George,<sup>4</sup> Barton Whaley,<sup>5</sup> los israelitas Michael Handel<sup>6</sup> y Abraham Ben-Zvi,<sup>7</sup> y la sueca Katarina Brodin,<sup>8</sup> sólo por nombrar un reducido número entre los que se dedican a aspectos del fenómeno de la sorpresa. Ciertamente no estamos haciendo referencia a otras áreas más conocidas como la teoría estratégica pura, la disuasión, las alianzas militares, la guerra, etc.

Richard Betts puede considerarse un notable exponente de esta nueva escuela, con sólo 37 años de edad, presenta una brillante carrera académica iniciada en Harvard. Destacan en su currículum sus recientes trabajos para la Brookings Institution y las consultorías a la CIA.

Su libro constituye el primer intento global por conceptualizar el fenómeno de la sorpresa militar, su impacto en el pasado, las lecciones que se pueden extraer para el mundo occidental, y lo que nos depararía en el futuro.

La introducción (pp. 3-24) es un conciso y brillante análisis de los aspectos centrales y colaterales ligados a la sorpresa. Este fenómeno no ocurre fuera de contexto. Aparece súbitamente en situaciones inesperadas, las más veces cuando la víctima cree estar disuadiendo al agresor. Sobrevenido el golpe, el actor atacado debe recurrir a la defensa para evitar ser arrollado por un rival en cuyas manos esta la iniciativa.

La sorpresa estratégica ocurre cuando la víctima no sabe si será atacada o no, cuándo lo será, dónde o cómo el adversario golpeará. La alerta para prevenir ese ataque tiene tres niveles de detección: político, estratégico y táctico. Si la alerta funciona pero no se responde a ella, el estado víctima *sufre de todas maneras* los efectos de la sorpresa.

La importancia del fenómeno sorpresivo es que es un multiplicador de fuerzas para el que lo emplea; su impacto invalida las premisas de la planificación y balance de fuerzas del período previo de paz. La sorpresa cambia radicalmente los cuidadosos análisis sobre las órdenes de batalla de los potenciales rivales, los cuales se alteran bruscamente al ocurrir el fenómeno. Del mismo modo demuestra, una y otra vez, que una mayor y mejor inteligencia no la evita necesariamente. Es más, adecuadas prevenciones de los organismos de inteligencia no han podido evitar ataques

<sup>3</sup> R. Jervis. 1976. *Perception and Misperception in International Politics*. Princeton U. Press.

<sup>4</sup> A. George y R. Smoke. 1974. *Deterrence in American Foreign Policy: Theory and Practice*. Columbia U. Press.

<sup>5</sup> B. Whaley. 1973. *Codeword Barbarossa*. MIT Press.

<sup>6</sup> M. Handel. 1976. *Perception, Deception and Surprise: The case of the Yon Kippur War*. Jerusalem Paper 19. Hebrew University, Jerusalem.

<sup>7</sup> A. Ben-Zvi. 1976. "Hindsight and Foresight: A Conceptual Framework for the Analysis of Surprise Attacks". *World Politics*. V. 28:381.

<sup>8</sup> K. Brodin. 1978. "Surprise Attack: The Case of Sweden". *Journal of Strategic Studies*. V. 1:98-110.

desastrosos. La falta de alerta de inteligencia no ha sido el mayor problema en los grandes ataques sorpresivos, sino el descrédito del mando político a tales prevenciones. Finalmente, un gran enemigo conceptual de todo intento por evitar la sorpresa ha sido el desarrollo de las teorías de disuasión. Citando a Robert Jervis, el autor señala que dichas teorías son mecanísticas, ahistóricas y apolíticas, pareciendo más fáciles de lo que realmente ellas implican.<sup>9</sup> A fin de cuentas, la alerta de inteligencia sólo ayudará a la víctima a saber algo más, pero no constituye garantía de que sabrá lo suficiente como para evitar un golpe inesperado y sus consecuencias.

La segunda parte del libro (Caps. 2 al 5) constituye un detallado análisis de ataques sorpresivos ocurridos en la Segunda Guerra Mundial y el período de posguerra. Llama la atención de que nunca la sorpresa fue total, siempre las víctimas estuvieron al tanto de la posibilidad de un ataque. Así, en 1940, en Francia, el problema era de cómo atacarían los alemanes, en Rusia (1941), la pregunta era cuándo y en Hawaii, ese mismo año, fue donde lo harían los japoneses.

En la gran mayoría de los casos históricos, el atacante nunca pudo esconder toda la evidencia a la víctima. Es más, el estado sorprendido recibió siempre gran cantidad de datos consistentes con esa probabilidad. Incapacidad para distinguir entre "signos" y "ruido", problemas burocráticos de inteligencia, preconcepciones doctrinarias y falta de credibilidad por parte del liderazgo político, fueron algunas de las diferentes causas que provocaron el desastre.

Pero las fallas no sólo ocurrieron a nivel de la inteligencia o del mando político. A veces el actor víctima detecta el ataque en ciernes, los políticos dan la orden de movilizar, pero no queda suficiente tiempo para reaccionar. Una reacción tardía significa que los efectos de la sorpresa se sufrirán de todas formas.

Por el contrario, si se cumplen todas estas etapas (prevención, decisión, movilización) en un lapso y oportunidad apropiada, puede que el adversario decida cancelar su ataque. Una movilización —aunque parcial— resulta costosa, y el agresor puede suspender el ataque cuantas veces estime necesario. Así, cuando la alerta funciona apropiadamente, no hay medio de comprobar empíricamente que así lo hizo. Sólo si ella falla —y hay muchas causas para que ocurra— se puede saber con certeza que algo no operó bien. Esta es una de las tragedias del problema de la prevención y alerta estratégica.

La segunda parte de la obra (Caps. 6 al 9) trata posibles problemas de sorpresa militar en el frente central europeo —al cual le dedica gran cantidad de análisis— los flancos de la OTAN, el Golfo Pérsico y Corea.

---

<sup>9</sup> R. Betts. *op. cit.* p. 23.

No obstante la gran concentración sobre el tema del enfrentamiento Este-Oeste, el autor saca conclusiones de validez general.

Entre algunas de ellas podemos destacar el hecho de que ningún tipo de gobierno es inmune a un ataque sorpresivo. Incluso aquellos que están más conscientes de la posibilidad, es más probable que caigan en el engaño. Ello se debe al gran efecto parabólico que tiene el proceso psicológico de intentar y evitar ser sorprendido. Es así, que el gran énfasis en lograr una mejor inteligencia ha dado lugar a una mayor preocupación sobre el problema de la *aceptación y decisión* al nivel de los que tienen el control político. Otro ámbito de preocupación ha pasado a ser el marco cultural y de racionalidad en donde se gestan la doctrina estratégica y la toma de decisiones. Un tercer aspecto constituye la necesidad de una profunda revisión de los conceptos de disuasión nuclear y convencional; al parecer sus fundamentos teóricos no son tan sólidos como se pensó originalmente.

Con todo, el valioso trabajo de Richard Betts deja la sensación de que el mundo internacional deberá continuar operando bajo la incerteza de la sorpresa estratégica. Ningún país se puede sentir seguro e inmune de una acción de ese tipo; habrá que aprender a vivir con la idea algo fatalista que no existe remedio para prevenir y evitar la aparición de agresores. Entre la finalización de este libro y su salida al público, el mundo sufrió tres acciones militares sorpresivas: el ataque argentino a las Falkland/Malvinas; la reacción británica con que los argentinos no contaban, y el ataque israelí al Líbano, capturando Beirut. Es posible que al momento de que estas líneas sean publicadas algún otro país haya caído víctima de una nueva sorpresa.

EMILIO MENESES CIUFFARDI  
*Instituto de Ciencia Política*  
*Universidad Católica de Chile*